

Repartición de bienes

Después de perder tanto,
de tanto repartir lo ya perdido,
sacamos algunas cosas
sin dueño: los muebles
donde ya nadie quería
sentarse a comer o guardar
las tardes bien dobladas
en los cajones de madera.

Los dejamos en la calle,
tomando el sol y la lluvia
en la acera, esperando
—¿ellos también?—
una segunda oportunidad.

Eran como animales lentos
que, después de pasar
toda su vida en cautiverio,
tienen miedo de existir
fuera de unos límites seguros.

Eran como nosotros.
Porque no hay manera

de que no dejemos algo
nuestro en el camino,
sin querer. Nos vamos
quedando en las cosas
hasta que nos quedamos
finalmente sin querer.
Y nos quedamos otra vez
con las manos vacías.
Y no sabemos cómo irnos.

También somos como esos
animales lentos y con miedo
que cuando presienten
que ya no hay más
se alejan en silencio
a morir oscuramente
en un lugar lejos de todo
para no causar más daño.